

REPORTAJE

De Tegucigalpa a Sevilla: el camino hacia la inclusión de la discapacidad

España y Honduras frente al reto de garantizar derechos y oportunidades a las personas con discapacidad intelectual

Lucía Escudero Funes

Jesús tiene 29 años y una discapacidad intelectual. Cada mañana, desde hace más de ocho años acude a la Asociación Albatros, en Sevilla Este. Aunque su neurólogo advirtió que su desarrollo cognitivo se frenaría a los doce, esta pequeña asociación, que comenzó hace 25 años en

una plaza de garaje, como recuerda su directora Lucía Gómez, ha sido testigo de avances que aunque modestos, van transformando poco a poco su vida: más sociable, más autónomo y mejor autoestima.

Jesús es dormilón, pero salta de la cama cuando su padre le recuerda que madruga para ir al cole. Recorre el pasillo de casa por sí mismo. Sin embargo, su vida no siempre llevó ese rumbo: nacido en Honduras, pasó sus primeros años recorriendo Tegucigalpa en brazos de su madre. Sus piernas estaban dormidas en un país donde la rehabilitación especializada o la educación inclusiva eran una utopía, su futuro parecía condenado a la marginación. “Muchas veces los padres no aceptan que su niño tiene una condición y lo aíslan de cualquier estímulo”, explica Reyna Ramírez, educadora especial en Honduras.

Jesús Escudero, con polo azul, preparando su mochila en Asociación Albatros



REPORTAJE

Han pasado 26 años desde que Jesús vive en Sevilla. A los seis caminó por primera vez física y figuradamente: desde su llegada ha tenido acceso a modelos educativos diseñados para favorecer la autonomía y la inclusión en la sociedad de las personas con discapacidad.

En el Colegio San Juan de Dios, uno de los más grandes de la provincia, la realidad virtual y el mundo audiovisual son herramientas clave para que jóvenes con discapacidad intelectual desarrollen competencias cotidianas. Allí, cada alumno trabaja con una adaptación curricular que se ajusta a su progreso individual: desde la motricidad básica hasta la iniciación a la lectura o las cuentas más sencillas. “Los avances son pequeños y se ven a largo plazo, pero convierten este en un trabajo muy agradecido”, reconoce Pablo José Martín Sánchez, profesor en el Programa de Transición a la Vida Adulta. El vínculo con las familias, añade, es fundamental para que esos pasos se consoliden.

Alumnos de Albatros charlando durante el taller de transición a la vida adulta



El colegio cuenta con recursos técnicos que marcan la diferencia: un gimnasio, una sala de estimulación multisensorial, espacios donde se trabaja la autonomía personal desde múltiples ángulos. Allí, tutores especializados acompañan a cada alumno en sesiones individuales que buscan modular la voz, mejorar la atención o romper el ensimismamiento. “Es fundamental buscar su máxima independencia en todos los aspectos”, subraya Luis González, médico rehabilitador.

Otros centros, como es el caso de Albatros, comprenden que su misión es recordar que jóvenes como Jesús aspiran a más que a ser autónomos: sueñan con ir al cine, con salir a cenar... Por eso, ponen el foco en aspectos como reconocer su autoestima porque todo el mundo tiene derecho a ser presumido o a disfrutar activamente de su tiempo libre.

Mientras tanto, al otro lado del charco, estos 25 años parecen haber pasado a otro ritmo para



Daneris, joven invidente y estudiante, en la fundación ACOES Honduras

este colectivo que supone la minoría más grande y diversa. La atención sanitaria gratuita para personas con discapacidad intelectual solo se ofrece en algunos hospitales como Teletón o el Hospital Escuela. “Es muy raro que haya niños que reciban atención permanente”, lamenta Katherine Núñez, licenciada en terapia funcional. En zonas rurales, el problema ya no es el coste, sino la falta de acceso a un diagnóstico.

En Honduras, la discapacidad se enfrenta no solo a barreras médicas, sino también sociales: padres que abandonan el hogar al conocer la condición de su hijo, madres solteras que cargan solas con la responsabilidad, describe Arnol Duró, quien trabaja como psicólogo educativo.

Aún así, existen algunos oasis de esperanza. Un ejemplo de ello es el proyecto Sinergias de la Fundación ACOES. Cómo su propio nombre indica pone especial hincapié en favorecer el trasvase de conocimientos desde España hasta sus más de 46 departamentos en la nación Catracha.

Desde 2013, esta iniciativa proporciona atención individualizada a personas con autismo, TDAH, o Síndrome de Down en un contexto en el que el derecho a una plaza como educador especial en un colegio convencional es un logro reciente: hace apenas un año desde que esta plaza empieza a ser ofertada.

En las recientes elecciones hondureñas, la inclusión de la discapacidad no ha sido uno de los temas a debatir de cara a la próxima legislatura, lo que demuestra que todavía hay mucho camino por recorrer. Tan importante es derribar barreras físicas como psicológicas. Ningún avance científico tiene sentido si como sociedad no somos capaces de comprender que no son las personas con discapacidad quienes deben ejercer presión para conseguir un puesto de trabajo o deshacerse de juicios en el transporte público. Es la sociedad que hasta ahora se reconoce ajena a este contexto la que debe actuar por ellos. Sin que el azar determine el rumbo de sus vidas.